

## Así la sed y el calvario<sup>1</sup>

---

*Yo que sólo canté de la exquisita  
Partitura del íntimo decoro,  
Alzo hoy la voz a la mitad del foro,  
A la manera del tenor que imita  
La gutural modulación del bajo,  
Para cortar a la epopeya un gajo.*

LÓPEZ VELARDE

De *Y retiemble en sus centros la tierra* se puede decir que es una novela caracterizada por el hastío existencial resultado de una vida que todavía no se comprende, acentuado tras la cruda que viene con la borrachera, ya sea en forma de arrepentimiento, soledad, penitencia o redención, y que vuelve inmensamente humilde a su personaje principal: Juan Manuel Barrientos.

En esta segunda incursión, en lo que a novelas publicadas se refiere, Gonzalo Celorio nos ayuda a escuchar el eco de los monumentos históricos erigidos en el centro de la ciudad de México, a partir del vía crucis que necesariamente deberá padecer el personaje, en el afán de calmar esa sed que llega con el agotamiento del cuerpo, la ausencia del amor, el claudicar de la vida; calvario constituido por cruces ubicadas tanto en bares y cantinas como en aquellos edificios que sensibilizaron a Barrientos para dedicar su trabajo profesional a la concurrencia de la arquitectura y la poesía en la concepción de los arcos alegóricos de la Nueva España.

---

<sup>1</sup> Gonzalo Celorio, *Y retiemble en sus centros la tierra*, col. Andanzas, Tusquest, México, 1999

Ya ha dicho Hernán Lara Zavala que el reconfortante acto de beber un día tras otro buscando acabar con esa sed que nada tiene que ver con una necesidad física puede resultar inconcebible para muchos, mas no así para Celorio, quien en esta aventura literaria concibe el acto de calmar la sed como uno que implica ciertas reglas:

No tomar más de una copa en cada cantina para no quedarse en ella junto con la confesión, el pleito y la reconciliación, estadios por los que atraviesa el alma embriagada cuando es sometida a permanecer en un solo sitio y no se le saca a orear.

En este texto, el también autor de *Amor propio* recupera el drama de quien únicamente después de dos martinis —que imagina como los senos de una sirena: “nunca más de dos; nunca menos de dos”— y varios tragos más, puede verse frente al espejo y descubrir una variación en la estrofa del Himno Nacional: *y retiemble en sus centros la tierra*, debiera decir:

y retiemble en sus antros la tierra, que retiemble en sus cavernas, en sus grutas, en sus cuevas. Y retiemble en sus entrañas la tierra;

ahí yace la desesperanza y es donde aprendes que “en la búsqueda del equilibrio y del restablecimiento, paradójicamente puedes desbarrancarte”. Así, avanzamos en el universo

de esta novela que revela diversos caminos para su aproximación, donde si bien la sed es una de los elementos que funciona como hilo conductor, éste no será tan benevolente como el de Ariadna; al contrario, se perfilará como el laberinto que irremediablemente atrapa al que acepta el reto de desentrañar sus misterios..

Por otro lado, uno de los aspectos más significativos de la novela tiene que ver con el paralelismo existente entre Jesús de Nazaret y Juan Manuel Barrientos, el cual la mañana de un viernes habrá de cargar con los efectos de la cruda como Cristo su cruz, al iniciar un trayecto por el centro histórico del Distrito Federal solicitado por sus alumnos para dar fin al curso escolar, mismo que emprende sólo tras la inasistencia de éstos y que poco a poco le brinda la oportunidad de recobrar la memoria y con ella los eventos de la borrachera contraída la noche anterior, así como “el beso baboso y maloliente que alguien le había dado en la mejilla”, similar al que recibe “el rey de los judíos” cuando es traicionado por uno de sus discípulos.

Como este ejemplo hay muchos más: ese mismo viernes, el protagonista de la novela amanece con

una salivación amarga, destemplada, cercana a la náusea. Le dolía la cabeza. Le dolía también la espalda, como si lo hubieran azotado.

Podía recordar que “todos se habían quedado dormidos” mientras él continuaba despierto, cavilando de manera solitaria; igual como le sucedió a Jesús cuando pide a sus discípulos que velen con él, porque su alma se

encuentra triste hasta la muerte, y éstos se abandonan al sueño, el que es interrumpido en el instante en que los romanos llegan al monte de los Olivos para aprehender a su maestro.

Asimismo, durante la flagelación de Cristo es colocada sobre su cabeza una corona de espinas que irónicamente sirve como elemento distintivo a su carácter de rey; nuestro personaje sufre el dolor de estas heridas, por lo cual se lava

la cabeza minuciosamente, como para sacarse las espinas que sentía clavadas en las sienes y en la nuca. Se enjuagó la cara con delicadeza, sobándose los párpados y el pómulo izquierdo, que le dolía.

No sólo esto: Barrientos es negado tres veces por Antonio, uno de sus discípulos; al llegar el momento de su jubilación anuncia la posibilidad de quedarse entre ellos de forma simbólica, quizás a la manera del espíritu santo; como Pedro trató de defender a Jesús del arresto de los romanos, Antonio también echa de su casa a “ese joven desconocido, de cabellos sebosos y sonrisa chimuela, entre maléfica e idiota”, de quien proviene el beso al que anteriormente he hecho alusión.

Por otro lado, circunstancias de la vida de Cristo que no pertenecen al momento de la pasión también son vividas por Juan Manuel Barrientos, como su encuentro con el bolero, semejante al pasaje bíblico en el que Magdalena unge los pies de Jesús:

Con devota fidelidad al rito, el bolero, antes de empezar su tarea, dispone sus enseres en el piso con extremado orden, introduce en los costados de tus zapatos

sendos protectores de cuero para no manchar los calcetines y con el mismo propósito aséptico y preoperatorio lava con jabonadura espumosa los mocasines para proceder después a la boleada propiamente dicha, ante tu mirada fija, que sigue el proceso con expectación litúrgica: la crema color vino, untada con un trapo que el muchacho se amarra a los dedos hábilmente; el cepillo, que hace su primera incursión en los zapatos sin sacar el brillo todavía; la grasa neutra, que no se aplica con un trapo como la crema, sino directamente con los dedos; de nuevo el cepillo, ahora más vigoroso, como si su intención fuera el masaje de los pies —así al menos lo sientes, Juan Manuel, agrado—; el trapo se desenrolla para sacar el brillo más reluciente, los cinco rechinidos antes del trapazo suave, delicado como si de limpiar una joya se tratara, y, por fin, los toquidos discretos en las suelas salientes, que te avisan que la ceremonia ha concluido. ( 30-31)

Para posteriormente, verse a sí mismo como sacerdote del ritual limpiando los zapatos de sus discípulos —tal como Jesús lo hace en la noche de la última cena— en un acto de profunda sumisión, producto de la cruda que le impone cumplir esa condena que está más relacionada con “las competencias del alma”, que con las del cuerpo.

Sumergidos en una narración que se debate entre la presencia de una voz omnisciente y la inquisitoria segunda persona del singular, podemos observar cada una de las caídas que experimenta el protagonista durante el recorrido que ha de realizar; en una de tales podemos apreciar la reconfiguración que Celorio lleva a cabo del mito referencial al manto de la Verónica, huella de la vida de Jesucristo en la tierra, por

el cual se hace una transcripción del sentido del tacto a la vista, instaurándose como la encarnación aureática del icono y génesis del retrato, aspecto que refrenda la fascinación de este autor por el estudio del arte.

Paralelamente, el decisivo encuentro con dos ladrones, el zócalo como monte calvario y La Luz —un bar— como símbolo de resurrección, son otras de las coincidencias que sostienen la lectura que propongo para esta obra, en la cual el escritor una vez más demuestra su capacidad de rescatar para la imaginación circunstancias de la realidad más cercana y apabullante.

En este sentido, a partir de la visión que de la catedral y las iglesias que visitamos durante la lectura de la novela, este autor —quien ve en la arquitectura colonial el latido de la ciudad de México— nos invita a analizar el ritual cotidiano en el que nos encontramos insertos, al percibirlo como la forma más negadora de la libertad; lo anterior es conseguido gracias a que detrás de los motivos y referencias que constituyen el texto, aparece el soliloquio de un “tú” dirigiéndose a un “yo”, que como todo personaje de nuestro tiempo vive acosado por la soledad, por el vacío en el que nos vamos adentrando conforme se abandona la infancia, factor que hace sucumbir a Juan Manuel Barrientos ante la sentencia de Vicente Quirarte: “Viajarás, amarás, no harás fortuna. Tu sed será mayor mientras más bebas y más vastos océanos reconquistes”.

Perdido por la ilusión de introducirse en una realidad alterna, donde Fuensanta aparece convertida en puta —con vestido blanco y cadenita en el

tobillo—, este personaje repite los versos de *La sangre devota*, el libro que se le “había ido metiendo entre el corazón y la memoria”, hasta que la fidelidad a López Velarde le insinúa en *La suave patria* que es hora de cortar la epopeya y alzar la voz a la mitad del foro, en medio del zócalo, en el centro de la tierra.

Dice el texto: “Nadie sabe lo que es realmente una cerveza hasta que la necesita” y es en esta certeza donde Celorio sujeta la problemática de la identidad, ésta que es devorada por la necesidad de transformar nuestro horizonte y se nos muestra como una de las principales claves para la comprensión de esta novela, donde la cruda —convocada con cada copa, producto de la sed insatisfecha— es también el instrumento que nos per-

mite vomitar el veneno que corre por las venas en forma de un dolor sin definición.

Sólo me resta apuntar que al ingresar en el mundo de *Y retiemble en sus centros la tierra* podemos oír el testimonio de la tortura que implica la reducción de los límites, no sólo los físicos —al experimentar los malestares que nos reprochan el exceso— sino ante todo los de la voluntad, los cuales nos impiden escapar del encajonamiento en el que nos hemos acostumbrado a habitar, obligándonos sin esfuerzo a acudir vehementemente al irremediable acto de beber una copa tras otra, en una entrega sumisa y total al fantasma de otra realidad.

*Raquel Velasco*